

dole los nobles, el clero y el pueblo : se apoderó además de nueve buques españoles cargados de mercancías orientales que habían entrado en el Tajo sin tener noticia de la revolución, y las cortes conceden largamente subsidios. Así es que pudieron los Portugueses ayudar á los Franceses en la guerra contra España : con Holanda, que los había despojado del Manaar y de la pesca de las perlas en las costas de Coromandel, celebraron en el Haya una tregua, por lo cual el rey de Portugal debía pagar por el Brasil 8, 000, 000 de florines ó el equivalente en tabaco, sales y otros géneros semejantes, dejando este comercio á los Estados Generales, excepto el de maderas para teñir. Las hostilidades debían cesar cuando se publicase este convenio; pero los Holandeses enviaron un buque muy velero que la anunciase secretamente, y mientras que se retardaba la manifestación pública, continuaron ocupando también el Cabo de Buena Esperanza y Ceilan.

1661.  
6 de agosto.

Cuando Juan envió un comisionado á presentar sus respetos á Urbano VIII, el embajador español protestó para que no fuese recibido, aunque la corte de Roma solía tener consideración con los gobiernos de hecho; y no solo hizo esto, sino que en el camino le atacó á la cabeza de una cuadrilla de asesinos que tenía á sus órdenes, y reputándose ofendido, pidió una satisfacción, y partió haciendo salir tropas de Nápoles que le vengasen. Para evitar la tempestad, el enviado fué despedido. Volvieron á renovarse estas violencias en tiempo de Inocencio X, que tuvo la debilidad de no reconocer á Juan, de tal modo que entre Portugal y las colonias no había mas que un obispo, porque el rey no se atrevía á tomar la resolución que le aconsejaban las universidades. Pero todo se compuso cuando España reconoció la independencia de Portugal. Entonces se celebró también la paz con los Estados Generales, y Portugal recobró libremente el Brasil, pero perdió las Molucas, Cochim, Ceilan, el Cabo de Buena Esperanza, y cuanto habían conquistado los Holandeses en las Indias Orientales.

1668.

1669.  
7 de mayo.

Portugal recobraba, pues, su independencia, pero no su gloria. El pueblo y los nobles le habían engrandecido en una afortunada unión, porque la nobleza no había nacido de la conquista, sino de la emancipación, y el heroísmo personal les había conducido, primero á redimir la patria, y después á llevar sus buques á las costas de África, Asia y América. La época del valor personal había pasado ya; los Portugueses, independientes, en vez de expediciones aventureras, encontraron el mar ocupado por el comercio y por la industria, y poderosos rivales donde ellos habían dominado despóticamente; envainaron, pues, la espada, y no teniendo en sus memorias mas que espléndidas aventuras, les fué muy duro resignarse al trabajo : conservaron su vanidad sin las causas que la habían producido : los Braganzas, conociendo cuánto debían á la nobleza, le

coobraron envidia, y trataron de volver á humillarla; á los campeones sucedieron los gentiles hombres, colocados por grados en la corte, y entre las envidias y intrigas de una jerarquía de dependencia, no se hizo nada con actividad, ni se formó aquel tercer estado que en los demás países sucedió al feudalismo.

Juan murió á la edad de cincuenta y dos años, y á su débil reinado sucedió el del niño Alfonso VI, paralítico y mentecato, que decía todo lo que pensaba; era aficionado á tratar con gente vulgar, y con mujeres de baja condición solo para divertirse con sus dichos, y embriagarse con ellas. Su madre, Luisa de Guzman, si no fomentaba sus desórdenes, los manifestaba para continuar en la regencia; al fin Alfonso se encargó del poder; mas no por eso cambió de conducta. Le dieron por esposa á la princesa María Francisca de Saboya, hija del duque de Nemours, tan bella como ambiciosa, que unida con su cuñado Pedro por el amor y la intriga, puso las cosas de modo que el rey, en virtud de su absoluto poder, abdicó en su hermano : revolución hecha sin el mas mínimo motivo ó interes de la nación. Alfonso, depuesto quizá por la fuerza, confirmó la declaración de su impotencia hecha por la reina, y Pedro recibió la corona, y la mujer de su hermano; el papa, para evitar el escándalo, aprobó y confirmó los hechos ya consumados.

Alfonso VI.  
1656.  
28 de febrero.

1662.

1667.  
23 de noviembre.

Pedro II.  
1683.

Pedro, que se había inclinado á la Francia por amor á María Francisca, cuando murió esta, prefirió al Austria, y se casó con María Sofía palatina, hermana de la emperatriz. No teniendo educación, era solo aficionado á los ejercicios corporales; aborrecía el vino tanto como prefería la lascivia, y se hizo melancólico hasta la locura. Fundó la colonia de la Plata (1706), y administró con mucha prudencia la hacienda. Así como la tentativa de invasión de Inglaterra había aniquilado la marina española, la ocupación y pérdida de Portugal arruinó su hacienda. Se atribuían las rebeliones y desastres al rigor del conde-duque, y se emplearon las intrigas y las comedias para hacer que Felipe IV se emancipase de una tutela á que se había acostumbrado. Consiguióse el objeto; el conde-duque fué depuesto, y heredó su autoridad Don Luis de Haro, sobrino suyo, y principal autor de su caída. Hizo estas grandes reformas, promovió la agricultura, las artes y las letras, continuó la guerra con Portugal, sujetó á Cataluña, negoció la paz de Westfalia y la de los Pirineos, que fué la declaración de impotencia de España. Felipe era inepto como rey, pero bueno y piadoso; no se le vió sonreír tres veces en su vida; perdonó á uno que había atentado contra su vida, y tembló cuando un cortesano le habló de envenenar al rey de Portugal. La adulación era entonces de moda, y después de haber perdido á Portugal, Cataluña, las Azores y Mozambique, se le dió por divisa un agujero con el mote : *Cuanto mas se le quita, mas grande se hace.*

Luis de Haro  
1643.

## CAPÍTULO XXV

La sucesion española.

Luis XIV había hecho casar á Carlos II de España con su sobrina Luisa de Orleans, mirando solo el buen partido, y no la inclinación de ella. En las fiestas de la boda, hubo un auto de fe en que fueron quemados veintidos Cristianos, y condenados á otras penas sesenta. Pero aquel matrimonio fué estéril, y principiaron las intrigas de los que aspiraban á un reino que, aunque arruinado, dominaba además de la Península, en Nápoles, Sicilia, Milan, Flándes, Méjico, Perú, muchas islas del Océano, del Mediterráneo y del Mar de las Indias.

Francia y Austria se presentaban como competidoras : esta quería suceder á la rama, separada de su tronco en tiempo de Felipe II; además de que Margarita Teresa, hermana de Carlos II, se había casado con el emperador Leopoldo. Pero también Luis XIV estaba casado con otra hermana, María Teresa, y la renuncia terminante que esta había hecho se miraba como nula, desde el momento en que perjudicaba á los hijos. Estos diferentes derechos complicaban, pues, la cuestion. Por los pactos de familia, en Austria, faltando los varones en una rama, le sustituía otra rama; pero las leyes españolas habilitaban á las mujeres para la sucesion. Si se admitía la renuncia de María Teresa, la corona correspondía á Margarita Teresa. Esta solo había dado al emperador una niña, que había emparentado con la casa de Baviera, de modo que á esta hubiera venido á parar al fin el cetro. Leopoldo, sin embargo, había conseguido una completa cesion, presentándose como heredero por ser hijo de Mariana, hija de Felipe III y tia de Carlos II, á la cual se había asegurado en su matrimonio la sucesion eventual, excluyendo á los hijos que naciesen en Francia de su hermana segunda, mujer de Luis XIV.

Discutiase, pues, sobre la suerte de tantos pueblos á estilo de abogados, mezclando el derecho y la política, sin pensar en que los Españoles debían ser, á lo ménos, consultados, y tanto mas cuanto que tenían cortes (1).

Hacia siglo y medio que se hostilizaban mutuamente las casas de Francia y de Austria, ya haciéndose una guerra abierta, ya favoreciendo la una á los enemigos de la otra; todos los tratados de paz habían sido treguas entre estas dos naciones, que los habían sellado con matrimonios que no podían ser duraderos, ni sinceros. El temor que infundió en Europa la desmesurada ambición de Carlos V, y el ver que los Austriacos ocupaban tantos tronos, y deseaban otros, hizo saludar á la Francia como libertadora cuando se alzó para luchar con su

(1) Son muy importantes para la historia de esta época las *Negociations relatives à la succession d'Espagne sous Louis XIV* par M. MIGNET. Paris, 1835, 4 tomos. Véase la aclaración G.

Carlos II de España. 1665. 17 de setiembre.

Le sucedió su hijo Carlos á la edad de cuatro años, dirigido por su madre Ana de Austria, la cual seguía los consejos del jesuita alemán Neidhard. Carlos fué tan débil de cuerpo como de espíritu, y enteramente desprovisto de voluntad : el bastardo Don Juan de Austria era por el contrario gran ambicioso; y deseando vengarse de la continua oposicion que le había hecho su madrastra, levantó algunas facciones, y obligó á Ana á despedir al jesuita, que *contento por salir desnudo de donde había entrado desnudo*, se retiró á Roma y allí recibió la púrpura. Cuando Carlos entró en la mayor edad, se echó en brazos de Don Juan, que hizo de él un instrumento de sus iras y de su turbulenta ambicion. Buen soldado, mal gobernante, no supo mejorar la hacienda, sino vendiendo los empleos; encerró á Ana en un convento, y se vió obligado á aceptar la paz de Nimega, que como todas quitó á España algunas posesiones.

Para mortificar á los que contradecían la Inmaculada Concepcion, hizo erigir en Granada una efigie de la Virgen, y bajo sus pies á estos malos creyentes : en el real consejo, se disputó largamente si se había de atribuir el patronato de España á Santa Teresa, ó se había de conservar á Santiago, decidiéndose por este último; pero después de la derrota de Rocroy, se le añadió San Miguel.

1679. Cuando murió Don Juan, la administracion perdió hasta la unidad; se aceptaron las utopias de todos los proyectistas, y crecieron la miseria del pueblo y la estupidez del rey. Oyendo decir á los economistas que era un mal la alteracion de la moneda, mandó que volviese á tener su valor intrínseco la de cobre; pero habiendo en circulacion 15.000.000 en este metal, la extremada confusion produjo dos males, que raras veces van unidos, la falta de dinero y la carestía de los víveres. Los extranjeros se aprovecharon de esta crisis, tanto mas cuanto que los grandes se vieron obligados á vender y á acuñar sus vajillas. De todas las partes del mundo acudían gentes á arrebatar algo de este navío que naufragaba; el que no sabía mas medio de ganar, se armaba en corso para atacar á los galeones de América, y apoderarse de los metales que España había extraído á su costa. Para sacar mayores productos, se entregaban las rentas á los Judíos, tolerados por la Inquisicion, por su habilidad, y que no pudiendo poseer nada en la Península, enviaban afuera el dinero. Las rentas estaban cobradas por varios años anticipadamente; muchos oficiales se retiraban de la corte porque ya no tenían dónde saciar sus apetitos; los soldados desertaban de las fronteras; los fondos de la marina se distraían para otros objetos; los gobernadores abandonaban las provincias para venir á Madrid á solicitar los sueldos que no conseguían cobrar á fuerza de cartas, y el rey no podía hallar dinero para el viaje que hacía anualmente á Aranjuez, que dista de la corte veinte millas.

T. V.

rival; y los tratados de Westfalia, de Aquisgran, de Nimega y de los Pirineos se celebraron perdiendo la casa de Austria, ó quitándole posesiones, ó reconociendo la libertad de sus vasallos rebeldes.

Pero entonces cambió la situación de ambas potencias, y la Europa, sin temor á la ambición austríaca, le tenía á las pretensiones de Luis XIV que quería mandar en casa ajena, adquirir superioridad en Europa, y añadir á su monarquía los países sobre que pudiera tener algun derecho, por débil que fuera. Pero sobre todo ambicionaba la España, y puede decirse que dirigió toda la política de su reinado á poseerla. Carlos II, tan impotente de alma como de cuerpo, no sentía ninguna otra pasión mas que el odio contra los Borbones, que le habia inspirado su madre como Austríaca; no podia sufrir á los papagayos de la reina, que hablaban frances, y agradeció mucho á la duquesa de Terranova el que hubiese matado á uno de ellos. Muerta su primera mujer (hubo quien dijo envenenada), se casó con una cuñada del emperador, partidaria ardiente de este; pero siendo ya viejo á los treinta y seis años, fué estéril tambien esta union, por lo cual se aumentaron las esperanzas de los pretendientes. Carlos sabia todos aquellos vergonzosos manejos que se hacian en vida suya para sucederle, y pensó disponer del reino en su testamento, como si un rey pudiese hacerlo cuando hay leyes en el país. Nombró su heredero al príncipe elector de Baviera; pero Leopoldo le hizo variar de parecer y prometerle que daria el trono á un Austríaco, con tal que viniese con un grueso ejército á defender á Cataluña. La flema alemana se dejó ganar por la mano por Luis XIV; el cual, sin embargo, viendo la dificultad de llevarse todo, propuso una particion, en uno de aquellos tratados secretos que cubren de vergüenza la diplomacia de los dos siglos pasados, y que solo son posibles en el absolutismo. El príncipe de Orange, que dominaba en Inglaterra y Holanda, deseoso de conservar el equilibrio continental, defendia el desmembramiento, para que no se engrandeciesen demasiado ni el Austria ni los Borbones; y este partido, aunque indigno, evitaba á lo ménos á los pueblos una guerra que no les aprovecharia nada absolutamente. Pero Carlos oyó la noticia de este tratado con toda la indignacion de que era susceptible su tímida alma, y nombró de nuevo al príncipe bávaro por su heredero. Asustada España de la perspectiva de caer en la condicion de provincia, mostraba su contento por esta eleccion, cuando murió el heredero en su edad infantil.

Entonces se aumentaron las secretas maquinaciones. Leopoldo, esperando obtenerlo todo para su segundogénito, exageró sus pretensiones y se opuso á la antigua particion; Carlos, desconsolado al considerar que su monarquía se dividiría, consultó á los teólogos, á los jurisconsultos y al papa, el cual irritado contra

Leopoldo, y esperando la libertad de Italia de la decadencia del Austria, se decidió por la Francia, cuya opinion tuvieron tambien los doctores. Los Austríacos sostenian que Carlos estaba hechizado, y le enviaron un exorcista, con lo que abatian mas al pobre rey; pero el pueblo indignado expulsó á los charlatanes. Las continuas y porfiadas intrigas del embajador aleman fueron vencidas por la desenvoltura y magnificencia francesa; se hizo concebir á la reina la esperanza de casarse con el delfin, y á Carlos la importancia de sobreponerse á sus aversiones para conservar íntegro el reino. El partido español temia que fuesen separados de Madrid aquellos vireyes y numerosos consejeros que daban un nuevo lustre á su nobleza; aborrecia á los Austríacos, porque ya estaban en la corte mucho tiempo, al paso que deseaba á los Franceses, porque no residian en ella, y porque parecian los únicos capaces de asegurar la integridad de la monarquía. Al fin Carlos reconoció en un nuevo testamento los derechos de María Teresa, y llamó á la sucesion á Felipe de Anjou, hijo segundo del delfin, cediendo de este modo á las razones de Francia, y asegurando á Europa al mismo tiempo que España y Francia no estarian unidas.

Murió, y con él se extinguió la dinastía austro-española, dejando en el mayor abatimiento un reino que habia recibido en el colmo de la grandeza. Este, contento con no verse desmembrado, envió á Luis el testamento de Carlos; pero ¿debia Luis aceptarle? La division convenida habria unido muchos países á Francia con la aquiescencia y apoyo de Holanda é Inglaterra, y aceptando el testamento Luis, se mostraba deseal con sus aliados; pero aseguraba á su nieto toda aquella monarquía. Leopoldo tambien esperaba obtener toda esta herencia, y aunque al principio reconoció que eran nulas las renunciaciones que se impusieron á Luis XIII y Luis XIV, las declaró válidas, luego que confió en las envidias que se despertarian en toda Europa. Su casa, que con tan prolongados artificios habia llegado á la grandeza, no podia tolerar que tantas posesiones que miraba como de su familia, cayesen en poder de unos rivales con quienes habia disputado por tantos siglos alguna pequeña parte de los Pirineos ó de las riberas rinianas. Se temia, pues, una guerra, y la Maintenon aconsejaba que no se aceptase aquel testamento. Luis vaciló ante la ruina de la Francia que se le hacia ver como inevitable; pero venció la idea de su gloria y dijo á Felipe de Anjou: «Hijo mio, el rey de España os ha hecho rey; los grandes os llaman, los pueblos os desean, y yo consiento: solo os recuerdo que sois Franceses.» Luego lo presentó á la corte, diciendo: «Aquí tenéis al rey de España; ya no hay Pirineos.»

Felipe fué recibido en Madrid con fiestas públicas; dióle su abuelo una instruccion sobre el modo de gobernar, recomendándole, entre

1700.  
2 de octubre

10 de noviembre

Felipe V.  
1701.  
14 de abril.

otras cosas, restablecer los seminarios para dar mejor direccion al clero, á la sazón mal dirigido; pero que no los confiase á los Jesuitas para no herir á los Dominicos; impedir los progresos del jansenismo y el exceso de la autoridad papal; tolerar las supersticiones, pero procurando no caer en sus lazos; ser cauto con la Inquisicion procurando dulcificarla; elegir por confesor á un jesuita, pero que no se mezclase en las cosas temporales; conservar la paz para dar vigor á la monarquía; no hacer mal positivo para conseguir un bien, ni emprender ciertos bienes de que pudieran resultar grandes males; no casarse jamas con una Austríaca, y terminaba diciendo: «Concluyo con uno de los mas importantes consejos que puedo daros. No os dejéis gobernar por otro; no tengáis favoritos ni primer ministro; pregonad y oíd el consejo; pero decidid vos mismo. Dióse que os ha hecho rey, os dará las luces necesarias miéntras sean rectas vuestras intenciones.»

Luis llegaba al colmo de su prosperidad, uniendo á un reino rodeado de gloria este otro, donde su nieto gobernaría una gran parte de Europa y la mitad de América. Poco importaba á los potentados la persona en quien debia recaer la España con tal que no fuese en Austria, ni en Francia, tanto mas cuanto que su atencion se dirigia entonces á la guerra que habia estallado en el Norte; el emperador habia irritado al elector de Baviera, negándose á restituírle los subsidios que habia tomado prestados para la guerra contra Turquía, y á los Estados de Alemania, creando por su propia autoridad un octavo electorado; por lo cual Luis atrajo fácilmente á su partido al Bávaro y á otros príncipes de Alemania, como la Saboya, que ganó con un matrimonio, á Mantua por dinero, y fomentó la insurreccion de Ragoczy en Hungría.

Ofendidas las potencias marítimas, porque se negó á admitir una division hecha bajo sus auspicios, sospechaban que hubiese aceptado el testamento solo por preparar la reunion de los dos reinos. Léjos de disipar estas sospechas, Luis las aumentó. Hizo que Felipe V firmase una protesta relativa á su derecho al trono de Francia, si moria el duque de Borgoña, cuya precaucion, aunque muy propia en tales circunstancias, excitó las sospechas, porque eludía una de las principales cláusulas del testamento de Carlos II, la incompatibilidad de ambas coronas. Habiendo conseguido que la corte de Madrid le confiriase autoridad para poder gobernar á su arbitrio los Países Bajos españoles, los invadió y despidió sin armas la guarnicion, que en virtud de un tratado con Carlos II tenian allí los Holandeses; error doble, pues al paso que irritaba á las Provincias Unidas, aumentaba los medios de venganza, restituyéndoles los veintidos batallones que tenian ocupados en las fortalezas. La Inglaterra y Holanda levantaron su voz entonces para ma-

nifestar que Luis trataba de efectuar sus antiguos proyectos; restablecer á los Españoles en Portugal, á los Estuardos en Inglaterra, unir la república holandesa á las Provincias Unidas, y trasladar á Ambéres el comercio de Amsterdam; por lo que ya solo pensaron en dar su apoyo á Leopoldo.

Otra imprudencia mas grave cometió Luis reconociendo como rey de Inglaterra á Jacobo III, hijo del destronado Estuardo, contra lo convenido en el tratado de Ryswick; de modo que los isleños declararon nacional la guerra contra él, la cual fué sostenida en nombre de la reina Ana por Marlborough y Godolphin, este hábil político y aquel gran capitán, y á la vez excelente estadista y jefe de partido. Se les unió la Dinamarca, y el gran pensionario Heinsio dirigia á la Holanda con los vastos proyectos de sus predecesores. Leopoldo se preparaba á recuperar con las armas lo que habria podido tener no habiéndose adormecido, y la fortuna le ofrecia un eminente capitán en Eugenio de Saboya, cuyas fáciles victorias sobre los Turcos le habian dado gran renombre como libertador de la Cristiandad, y para cuya salvacion era llamado de nuevo contra la ambicion de Luis (1). Tres años se estuvieron tramando conspiraciones parciales, de las cuales salió una grande liga contra la Francia, que fué firmada en la Haya.

Los grandes hombres que Luis habia heredado de las revoluciones precedentes se habian diseminado, y el orgulloso soberano se lisonjeaba, aunque en vano, de que sus despachos bastarian para crear el genio político y guerrero. Las campañas anteriores habian agotado las rentas; el entusiasmo, siempre fugaz, se habia entibiado ante un rey anciano y estrictamente devoto, el cual no estando ya apoyado por aquellos consejeros que lo hicieron parecer grande, tenia que someterse á los pareceres de una mujer. Esta no elegia los mas hábiles, sino los que mas le acomodaban; y Miguel de Chamillard, á quien ella habia elevado al ministerio de guerra y hacienda, aunque honradísimo, era muy inepto. Quedaban á Luis sin embargo el impulso de los tiempos precedentes que suele durar aun despues de haber desaparecido sus causas; el prestigio de un nombre ante el cual la Europa estaba acostumbrada á temblar; fronteras bien fortificadas, y los Españoles resueltos á conservar la integridad nacional, detestando cualquier dominador austríaco sostenido por protestantes, y que llevaba soldados herejes al reino católico. Ademas la alianza entre las potencias marítimas y el Austria no parecia muy duradera, porque aquellas se armaban para que se dividiese la herencia, y esta para adquirirla en su totalidad. Sin embargo, se sostuvo por la habilidad, no ménos

(1) Eugene von Savoyen hinterlassen politischen Schriften; Mém. du prince Eugene de Savoie, écrites par lui-même 1809 (son sin embargo obra del príncipe de Ligne). Vida y campañas del príncipe Eugenio. Nápoles, 1754.

1699.  
6 de febrero.

7 de septiembre

que por los defectos del ilustre triunvirato de que ya hemos hablado, compuesto de Heinsio, tímido por naturaleza; Marlborough, avaro de riquezas y poder, y Eugenio, contrario á Luis por sentimientos de venganza, y que se veía necesario para el Austria desprovista de otros generales.

1701.  
Julio.

Este principió la guerra en Italia, venciendo al prudente Catinat cerca de Carpi; pero el mariscal Villerói, que le reemplazó y que solo era célebre por sus intrigas y orgullo, empeoró las cosas con sus indiscretas temeridades, hasta que quedó prisionero en Cremona. El duque de Vendôme vino á sustituirle. Soldado brillante

1702.  
Febrero.

y afeminado, que estaba en cama hasta las cuatro, y descuidaba la disciplina del ejército, reparaba estas faltas con sus afortunadas osadías, y libertó á Mantua. En Luzzara el rey de España combatió en persona.

16  
agosto.

Habiendo preguntado á este valiente monarca acostumbrado á las armas desde su juventud, en qué puesto debía colocarse el rey en las batallas, contestó: *En el primero, como en todas partes.* Pasó luego á Nápoles, donde estaban disgustadísimos del gobierno español, pero no supo ganarse las voluntades. De allí fué á combatir en Lombardía, pero pronto volvió á España. No habiendo sido educado para reinar, se había conservado puro de la corrupción de la corte paterna; pero tímido é inepto para tomar resolución por sí mismo, condescendía á todo lo que le proponía el ayo que su padre le había dado. Aun no había residido un año en Madrid, cuando le acometieron aquellos accesos nerviosos y aquellas melancolías que en lo sucesivo le molestaron siempre; de modo que disgustado de las ocupaciones, tenía miedo á la soledad, lloraba con frecuencia, y todo hubiera empeorado, si Luis no hubiese enviado personas que sosteniendo la vida del reino, reparasen los desórdenes de una pésima administración (1).

Entretanto los Franceses sucumbían ante los Ingleses en el mar, y el duque de Ormond y el almirante Rooke destruían la escuadra española en el puerto de Vigo; Marlborough continuaba prósperamente la campaña en el Rhin, y los imperiales amenazaban la Alsacia; pero Villars, tan hábil diplomático como valeroso general, arriesgó una batalla desproporcionada en Fridlinger, venció, y en el mismo campo fué proclamado mariscal. Luis, aconsejado por él, para hacer un esfuerzo general, pensó enviar tropas de todas partes sobre Austria, secundado por Victor Amadeo II, duque de Saboya, y por los

Batalla  
de  
Fridlin-  
ger.  
14 de se-  
tiembre.

(2) « El rey no tiene ni un sueldo. Yo paso por un hombre diestro porque he echeñado medios para hacer poner una puerta nueva á la cantina y comprar toallas, para cuyo servicio estaban ya destinadas las rodillas de los mozos de cocina. Los criados de á pie españoles, que están á las órdenes del mayordomo, piden limosna y están enteramente desnudos. Aun están peor los caballos, porque no pueden mendigar. » *Memorias secretas sobre el establecimiento de la casa de Borbon en España*, extractadas de la correspondencia de M. de Louville. Paris, 1818, t. I, p. 152.

Húngaros, que se habían sublevado, apoderarse de Viena y poder decir: *El Austria ha cesado de reinar.* Estas tropas avanzaron tanto, que en el consejo áulico se disputó si Leopoldo debería abandonar á Viena (1); pero el duque de Saboya todo lo cambió de aspecto, abandonando la causa de Francia, á pesar de ser suegro de Felipe V. Él por entonces perdió el ducado; Eugenio y Marlborough remediaban los daños de Alemania; la gran batalla de Hochstett, en la que quedaron treinta mil prisioneros, dió á los imperiales la Baviera, y libró la Alemania de los Franceses; al mismo tiempo los Ingleses destruyeron las naves francesas en Gibraltar, cuya plaza tomaron, y despues de tantos cuidados empleados en reunir una hermosa marina, ya no se vieron naves francesas en el Mediterráneo, ni en el Océano. Derrotado Villerói por Marlborough en Ramilliers en el Brabante, se perdió la Flándes; también sucumbió en Italia la fortuna francesa cuando fué reemplazado Vendôme, que había sido vencedor en Casano y en Calcinato; Eugenio libertó á Turin del sitio que sufría, lo que hizo perder el territorio de Módena, el de Mantua, el Piamonte y Nápoles; los Franceses encerrados en Milan capitularon bajo condicion de volver á su patria, por lo cual fué gravemente criticado el emperador, en razon á que, para asegurarse la Lombardía, los dejaba ir á engrosar el ejército enemigo.

En efecto, con estas fuerzas recobró Felipe V á Madrid del poder de Carlos, hijo segundo de Leopoldo, á quien su padre había cedido sus derechos, pero que pronto volvió á esta poblacion; Clemente XI, que por los excesos de Leopoldo le había declarado la guerra, fué tan maltratado por los protestantes que tenía á sueldo, que tuvo que someterse, y el emperador confiscó el ducado de Mantua como perteneciente á rebeldes, vendió la Mirandola á Módena, y confirió al duque de Saboya la investidura de sus Estados. En fin Lila, la ciudad en que Vauban había dado mayores pruebas de su ciencia, y para cuya defensa dió al tiempo de morir un plan secreto á su sobrino, tuvo que ceder á un terrible sitio, y el reino fué invadido por los Ingleses y los imperiales, ansiosos de vengar allí los estragos del Palatinado.

Á estas desgracias que sufría la Francia se agregaban otras naturales. Las viruelas habían invadido el país repetidas veces (2); al horrible invierno de 1709 sucedió otro tan crudo que perecieron las vides, los olivos, los árboles frutales y las semillas ya sembradas; á lo cual siguió el hambre, que se agravó con las necias

(1) En 1714 cuando se concluía la paz, Eugenio confesó á Villars que si entonces hubiese marchado sobre Viena, la paz se habría anticipado once años y con condiciones ventajosas para Francia, evitando los horribles males de las campañas sucesivas.

(2) En 1712 murieron quinientas personas en Paris en solo un mes; en proporcion fué en otras partes, habiendo en todas victimas ilustres.

disposiciones que se tomaron. El pueblo perecía, y lo que mas apuraba era que los impuestos no se pagaban, ni el rey podía satisfacer sus sueldos á las tropas; se triplicó la capitacion; se fundió de nuevo la moneda elevándola á un tercio mas de su valor real, último desastre; se vendieron cartas de nobleza á 2,000 escudos; á la regularidad de las rentas públicas tan florecientes durante la administracion de Colbert, sucedieron un descrédito general y frecuentes quiebras; ya no había dinero, ni comercio; las tierras no se cultivaban; emigraban los industriales; las rentas públicas apenas tenían valor, y el pueblo estaba oprimido por los impuestos; los nobles no habiendo recibido sus pagas durante la guerra, se vieron reducidos á empeñar sus tierras: el rey tuvo que tomar 8.000.000 en dinero, dando por ellos 32.000.000 en inscripciones, es decir, abonando el cuatrocientos por ciento. Los ingresos del tesoro ascendían á 115.389.074, pero solo la deuda absorbía 82.859.504; de modo que para los gastos del gobierno solo quedaban treinta y dos millones y medio y se habían consumido anticipadamente los de tres años (1).

Luis deseaba disminuir sus gastos, pero se lo impedían las costumbre del fausto y la compasion que le inspiraban sus antiguos servidores. La Maintenon se vió reducida á comer pan moreno; compañías enteras de caballería se desertaban para dedicarse al contrabando. Luis, para tener quien le prestase, dispensaba al banquero Samuel Bernard tales consideraciones, que en otro tiempo hubieran enorgullecido á los príncipes; y no sabiendo adónde acudir para obtener recursos, exigió la décima de las rentas, gravámen expuesto á muchas arbitrariedades, que reportó inmenso disgusto y poco fruto.

Entretanto murió Leopoldo I, y también su sucesor José I, y habiendo sido elegido para ocupar el trono imperial Carlos, pretendiente al de España, renació en los aliados el temor de una reunion peligrosa, y en los Españoles el de quedar reducidos á provincia; además de que estos aborrecían un rey puesto en el trono por naciones heréticas. Los planes formados por Marlborough eran siempre contrariados por los comisarios de los Estados Generales que acompañaban al ejército con instrucciones limitadísimas, y que, según aquella viciosa constitucion, debían consultar á tantas personas que el secreto al fin se divulgaba, á lo cual se agrega el envidioso despecho de tener que obedecer á un jefe extranjero; de modo que Marlborough tuvo que engañarlos muchas veces, y no revelar su pensamiento hasta el momento de la ejecucion. Por esto el anciano general Athlone, habiendo recibido felicitaciones de los Estados Generales, por el buen éxito de la campaña de 1702, dijo: « Solo se debe al incomparable generalísimo; en cuanto á mí, no puedo dejar de acusarme de haberme opuesto

(1) RAYNAL, *Hist. philos. des Deux Indes*.

continuamente á todo lo que proponía al consejo (1). »

Luis practicaba entretanto secretas gestiones para conseguir la paz; pero no ha habido en los tiempos modernos negociaciones mas largas y complicadas (2). « El curso de un reinado afortunado (dice Torcy) no había sido en tantos años interrumpido por ningun accidente desgraciado; así es que el rey sentía mas vivamente las calamidades, porque jamás las había experimentado. Terrible humillacion era para un monarca acostumbrado á vencer, elogiado por sus triunfos, por su moderacion cuando dictaba la paz y prescribía sus condiciones, verse ahora obligado á implorarla de sus enemigos, ofrecerles en vano restituir parte de sus conquistas y la monarquía española y abandonar sus aliados; y para que se aceptasen estos ofrecimientos, tener que dirigirse á aquella república, cuyas principales provincias había conquistado en 1672, y rechazado su sumision cuando ella le suplicaba que le concediese la paz con las condiciones que quisiera. El rey soportaba este cambio con la constancia de un héroe y la resignacion de un Cristiano á los decretos de la Providencia, ménos afligido de sus pesares interiores que de los padecimientos del pueblo: ocupado siempre en procurar los medios de aliviarle y concluir la guerra, apenas se notaba que se violentase para ocultar á los demas sus propios disgustos. » Obligado por la necesidad y por las reclamaciones que de todas partes le dirigían los infelicitados pueblos, Luis recomendaba las negociaciones, y con millones tentaba la conocida corruptibilidad de Marlborough; pero cuanto mas cedía, tanto mas aumentaban los enemigos sus pretensiones, y el rey Felipe no consentía en ceder ni en fraccionar su corona.

En Inglaterra el partido de los whigs estuvo en auge mientras duró la necesidad de sostener la nueva dinastía contra el gran rey; pero entonces que ya cesaba de causar temor, volvieron al poder los torys, mas propensos á los arreglos. La reina Ana quitó el ministerio á Marlborough y Godolphin, y lo confió á Bolingbroke, ardiente partidario de la paz. Un cambio de gabinete produjo lo que no habían podido conseguir tantos ejércitos. Desagradaba á la Inglaterra que Carlos de Austria uniese á su imperio tantos nuevos Estados, y que tomase incremento la Holanda, émula del comercio inglés; y sobre ello se hicieron proposiciones á Luis que, como es de inferir, aceptó con mucha satisfaccion, y que fueron los preliminares de la paz. En vano Eugenio acudió á Inglaterra para trastornarla y

1712  
Enero

(1) En la correspondencia de Marlborough pueden verse estos obstáculos de los Estados Generales y de qué modo se veía precisado á sacrificar á su lentitud planes que podían ejecutarse con rapidez; por otra parte la menor desgracia los disponía á aceptar condiciones hasta vergonzosas, al paso que la prosperidad les hacia olvidar á sus amigos y enemigos.

(2) La mejor relacion está en las Memorias de J. B. Colbert, marqués de Torcy, ministro de negocios extranjeros de Francia, fidelísimas y atractivas, tanto por el mérito del narrador como porque nos manifiestan en la humillacion á aquel rey, que toda la literatura nos presenta radiante de gloria.